



## LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN DIRECTO. CRÓNICAS DEL FRENTE, TESTIMONIOS DE LA LEJANA RETAGUARDIA ARGENTINA<sup>1</sup>

**Niall Binns**

Universidad Complutense de Madrid

nbinns@filol.ucm.es

En el “Día de la Raza” celebrado el 12 de octubre de 1933, en la Universidad Nacional de La Plata, Pedro Henríquez Ureña elogió con fervor la renovación vivida por España durante las décadas anteriores:

En 1898 España hace de su derrota una victoria, renace el fénix, y grado a grado surge el espíritu nuevo de una España más pura y más severa. Si a fines del siglo XIX España parecía a muchos, vista desde América, condenada a irremediable decadencia, [...] ahora, desde hace pocos años, la antigua nación, rejuvenecida, entra en la olimpiada junto a las naciones jóvenes, y ¿por qué no confesarlo? en la mayor parte de las carreras se nos adelanta.

Como parte integral de esa renovación, sucedida “hace pocos años” –se refería evidentemente al 14 de abril de 1931– señalaba el dominicano platense una nueva actitud hacia las repúblicas americanas:

España se nos muestra hoy, además, amplia y abierta, más que nunca, para todas las cosas de América. El antiguo recelo ha cedido el lugar a la confianza; la nueva Constitución, al crear la doble nacionalidad, española y americana, aunque desconcierte al antiguo criterio jurídico, place a la buena voluntad. Sobre la buena voluntad se cimienta la obra de confraternidad hispánica. (Henríquez Ureña, 1934: 5)

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España (FFI2011-28618).



Esa “obra de confraternidad hispánica”, fraguada por una República Española que había abandonado sus pretensiones de ser Madre, hacía que por primera vez desde la Independencia, quizá, y en una época sombría –esa década “infame” que lo fue no solo en Argentina–, las repúblicas hispanoamericanas y sus intelectuales más progresistas miraran hacia España, y se inspiraran incluso en sus reformas agrarias y educativas, y en sus intentos de restar poderes a la Iglesia y al Ejército. Y si pensamos en ese cambio de mirada, ¿cómo no recordar el impacto que tuvo en Buenos Aires, en 1933 y 1934, Federico García Lorca, que nada se parecía a esos intelectuales solemnes y academicistas que solían llegar de la península? Lorca era aire fresco y, para escritores, lectores y espectadores rioplatenses era como si encarnara con su energía creadora el espíritu de la joven República Española. Ahora bien, ante la viva amenaza a esa nueva España “amplia y abierta”, no sorprende la intensidad de las pasiones que incitaría, a partir del 18 de julio de 1936, la guerra civil, más aún, por supuesto, después de la confirmación, a mediados de septiembre, de la noticia del fusilamiento en Granada de Lorca.

Se trataba de un fenómeno pasional de todo Occidente. No hacía falta una gran perspicacia para intuir, desde las primeras intervenciones de la aviación de Hitler y de Mussolini, que esta no era una guerra exclusivamente española, que se estaba en los prolegómenos de una nueva guerra mundial. “Madrid is the heart”, escribió el gran poeta inglés de los años treinta W.H. Auden en “Spain”; y el cubano Juan Marinello, en un discurso leído en el Congreso de Escritores Antifascistas de julio de 1937, lo diría así: “Ayer se llegaba a Roma por todos los caminos. Hoy todos los caminos conducen a Madrid” (Aznar Soler, 2009: 195).

### **Crónicas del frente**

La llamada de España y del heroico Madrid del “No pasarán” suscitó un verdadero peregrinaje de intelectuales. Muchos llegaron como corresponsales de guerra, a formar parte –a su manera– de la lucha contra el fascismo. El historiador inglés Paul Preston, en su libro *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España* (2007), habla de los estadounidenses Ernest Hemingway, John Dos Passos y Martha Gellhorn, del francés Antoine de Saint-Exupéry, de los rusos Ilya Ehrenburg y Mijail Koltsov, y del húngaro-alemán Arthur Koestler. No habla, sin embargo, o no sabe (o no le interesa) de los escritores-corresponsales de Hispanoamérica: de los cubanos Pablo de la Torriente Brau, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Carlos Montenegro, de los chilenos Juvencio Valle y Vicente Huidobro, y,



por supuesto, de los rioplatenses.<sup>2</sup> Los argentinos que fueron como corresponsales a España eran, en su mayoría, esos “escritores-periodistas” que ha estudiado Sylvia Saïtta, que a partir de los años veinte se profesionalizaron como cronistas o directores de suplemento, sobre todo en los diarios más jóvenes y pujantes como *Crítica* y *El Mundo* (2009: 241-254). Los viajes a la España en guerra de escritores-corresponsales formaban parte de esa nueva profesionalidad. Roberto Arlt, en una de sus crónicas sobre la guerra civil escritas desde Buenos Aires, “al margen del cable”, hablaría de lo que era, para él, el “orgullo del periodista moderno: estar junto al fuego donde los hombres fríen la catástrofe” (1938: 4).<sup>3</sup> Para los escritores-corresponsales, el prestigio ya adquirido en el campo intelectual los convertía –ante su público lector en Argentina– en testigos privilegiados de ese fuego de la catástrofe, y su palabra adquiría un prestigio nuevo, en vista de su presunta valentía, de su aceptación de los riesgos de ir en busca de crónicas en el frente, o bien, en el simple hecho de estar en retaguardias amenazadas por los bombardeos franquistas. Llama la atención, por ejemplo, en esa crónica que he citado de Arlt, que su tema era, precisamente, la muerte en el frente de Huesca de tres corresponsales de guerra. Pero más allá de esta disposición a arriesgar la vida, se esperaba de los escritores-corresponsales que fuesen capaces de hacer algo más que ver atentamente y pulir la mirada detallada del repórter; tenían que ser capaces de ver comprendiendo, intuyendo las verdades de fondo del conflicto, de ver tal vez con esos “ojos del alma” que eran –para José Martí– el verdadero atributo del poeta.

El yo veedor se despliega con grave autoridad en los textos de todos estos corresponsales: yo lo he visto, yo estuve allí, yo lo he vivido, yo sé lo que digo. A finales de agosto de 1936, Ricardo Sáenz Hayes, Alejandro Sux y Fernando Ortiz Echagüe, corresponsales respectivamente de *La Prensa*, *El Mundo* y *La Nación*, viajaron desde París, junto con el corresponsal de *El Pueblo* de Montevideo, el uruguayo “Wing”, que se haría célebre más tarde en Buenos Aires como el periodista deportivo “Diego Lucero”. Viajaron desde París para observar como testigos, desde la orilla francesa del río Bidasoa, la batalla de Irún, el éxodo a través del puente internacional de mujeres, niños y ancianos iruneses y luego la huida de los republicanos derrotados. Ellos mismos entrarían, para vivirlo y verlo y contarlo en sus

---

<sup>2</sup> Véase el breve estudio y recopilación de fragmentos de crónicas realizados por Jesús Cano Reyes (2014: 89-203).

<sup>3</sup> La mayoría de los textos que se citan en este artículo se encuentran reproducidos o comentados en mi libro *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2012), que estudia la repercusión del conflicto peninsular en más de doscientos autores y medios de comunicación argentinos.



crónicas, a Irún y luego San Sebastián, recién conquistados por las fuerzas del general Mola.

En agosto de 1936 llegó a España también el narrador de origen aragonés José Gabriel como corresponsal especial de *Crítica*, para enviar a Buenos Aires crónicas sobre la revolución en Barcelona, sobre la lucha en el frente de Aragón, sobre los bombardeos de Madrid y sobre el asedio al Alcázar de Toledo. Aun al final de la guerra, en Buenos Aires, desolado por su desenlace, asqueado por la disensión en el bando republicano, se aferraría Gabriel a la “certeza de esta realidad espléndida que oyeron mis oídos, que vieron mis ojos, que tocaron mis manos” (1939: 101). Sus oídos, sus ojos, sus manos de testigo.

En los primeros meses de 1937, llegaron a España Raúl González Tuñón y Cayetano Córdova Iturburu, anticipándose a las invitaciones que los llevarían en julio al Congreso de Escritores Antifascistas, y escribieron sus crónicas, González Tuñón para *La Nueva España* y *El Diario* y Córdova Iturburu para *Crítica*. En las primeras palabras de su primera crónica, enviada por cable desde Valencia, Córdova ensalzó el valor del testimonio directo, contando con fervor la experiencia inaudita que estaba viviendo, las verdades que estaba conociendo, y compartiendo sus conclusiones con los lectores de *Crítica*:

Ya llevo andados muchos días en la España leal. Ya llevo vistas muchas gentes. He conversado con ministros, con dirigentes políticos, con oficiales de alta graduación, con milicianos, con obreros, con campesinos, con extranjeros, con españoles. Nunca había visto lo que veo. Nunca había sentido lo que siento. Hoy pienso que la fraternidad humana es posible.

El 15 de febrero, cuando Córdova dejó Buenos Aires, la República acababa de perder Málaga y la batalla del Jarama amenazaba la carretera de Valencia; un mes y medio más tarde –en el momento de escribir su crónica–, esa carretera seguía intacta y Franco y sus aliados italianos habían sufrido su primera derrota de la guerra en Guadalajara. Ahora era “otra cosa”, y tomando estas palabras escuetas, cotidianas, resolutivas, en un despliegue rítmico de anáforas, Córdova, como escritor-corresponsal, traducía lo visto y lo sentido, su testimonio, en una escritura radiante de esperanza:



–¡Ahora es otra cosa! –me repiten los milicianos de todas las columnas con quienes converso.

–¡Ahora es otra cosa! –me afirman los oficiales.

–¡Ahora es otra cosa! –me dicen los políticos, los burócratas, los trabajadores, los campesinos, los periodistas.

¡Ahora es otra cosa! ¡Sí, ahora es otra cosa! Hay motivos políticos, sociales, económicos, militares, para asegurarlos. España entera, con toda la voz de acento dramático de su heroísmo, de su sacrificio, de su martirio, de su doloroso desgarramiento, le grita al mundo:

–¡Ahora es otra cosa!

Una ola de optimismo recorre España de un extremo a otro del territorio leal. (1937: 13)

La misión explícita de estos corresponsales era conocer y contar la verdad de la guerra. Había que estar allí para probar la veracidad de las noticias que llegaban, difusas y contradictorias, a Argentina. El platense y futuro editor Arnaldo Orfila Reynal, que ejerció brevemente de corresponsal de *La Vanguardia* en marzo de 1938, lo diría a sus lectores así:

Cómo se aclara la visión, cómo se delinea más perfecta la perspectiva de este hecho tan complejo que se cumple en la tierra de España, al apreciarlo de cerca, al compartir su vida, al hablar con sus hombres de gobierno y de partidos, al convivir con su gente del pueblo, con sus obreros, sus soldados, sus escritores y sus artistas! (1938: 1)

En Barcelona, por ejemplo, al vivir su primer bombardeo, Orfila Reynal pudo concluir que la “táctica fascista” de desgastar la retaguardia mediante el terror era contraproducente. En medio de un espectáculo, en el Teatro Liceo, sonó la alarma, se apagaron las luces, empezaron a oírse los estampidos de las baterías antiaéreas, pero las tres mil personas que había en el teatro

quedaron absoluta, totalmente tranquilas en sus butacas, exaltándose al punto en una expresión de entusiasmo indescriptible, cuando la orquesta ejecutó el Himno de la República y la Marsellesa. Eso fue para mí un



certificado definitivo de cómo vive el pueblo de España la hora que la historia le está deparando (2).

Ser testigo presencial daba autoridad a los escritores-corresponsales. Podían contar, con fundamento, sus verdades; tenían razones de peso para refutar al que opinaba de otro modo desde la lejana retaguardia. Un buen ejemplo es una curiosa pugna verbal entre González Tuñón y Liborio Justo, hijo trotskista del general y ahora ex presidente Agustín P. Justo. Este, Liborio Justo, tachó el libro de Tuñón sobre la guerra civil, *Las puertas del fuego*, como la obra de un “pequeño burgués idealista”, un “literato de salón” de cultura “escasa y superficial”, que no había estudiado economía y “pasea su sensibilidad de poetisa romántica en medio del hondo drama de un pueblo en lucha y sólo ve en él sus pequeñas emociones personales, que transmite en un lenguaje almibarado y llorón para horteras y recitadoras desmayadas” (Justo, 1938: 71-72).

La respuesta fulminante de González Tuñón se tituló “Tiempo del desprecio. Los escritores de la quinta columna”, y en una larga coda de prosa lírica defendía –a raíz de sus vivencias como testigo en España– su derecho, como hombre comprometido, a ser poeta y a saber poco de economía:

Porque he visto que el pueblo quiere a los poetas, porque he oído al pueblo cantar los cantos de los poetas, aun aquellos delicadamente oscuros, o respetarlos o venerarlos, porque hay tiempo de pelear y tiempo de cantar, por eso sigo siendo poeta.

Pero no eran solo vivencias de la nueva cultura en España. Había sido testigo de la brutalidad, de los bombardeos indiscriminados del frente y la retaguardia, había visto con sus ojos la tragedia de las víctimas civiles, y como Neruda en el poema más célebre de *España en el corazón* el yo testigo reaccionaba a lo visto asumiendo lo que entendía como su deber, el de explicar las cosas y participar en la lucha mediante la escritura:

He visto morir en la cintura de Madrid a los soldados, y en sus calles bajo los obuses a las madres y a los hijos, o bajo las bombas de los aviones en Valencia y Barcelona y entre los escombros asomar la cabeza cortada del



niño y la muñeca, la olla familiar y el par de zapatos abandonados, y he dicho: debo hacer un poema.

Frente al prestigio de estas vivencias de primera mano, González Tuñón devolvió el ataque de “literato de salón” a Liborio Justo, contrastando su propio papel de luchador con la pluma a las intrigas de café de su contrincante, y a la comodidad que suponía para éste ser hijo de su papá:

Esa es mi arma, venid a ver el filo de mi canto, y porque lo hago bien lo hago, seguid vosotros cerrando el puño, en el café, a la espera de la dulce coima y el soborno, seguid vosotros acumulando sucio odio, turbio resentimiento, que nunca habrá de posarse sobre vuestro nombre la mano helada de la policía, vuestros papás os darán para comer, todo os permitirán mientras nos ladréis, sin perro y sin ladrido. (1938: 3)

El testigo lo ha visto, el testigo lo ha vivido, el testigo sabe la verdad. El literato de café, en cambio, en la lejana retaguardia argentina, no ha visto y no sabe nada. Y sin embargo, González Tuñón, antes de viajar a España, había atacado –¿cómo no?– las “calumnias de los corresponsales venales sobre supuestos asesinatos, saqueos, etc.” reproducidas en “órganos de ‘opinión’” profranquistas como *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón* (1936: 14). Esos testigos no valían. Sus verdades eran falsas. Lo testimoniado, entonces, ¿sirve solo para confirmar ideas fijas, opiniones y tomas de posición inamovibles? ¿Cuánto había de mala fe, cuánto de ceguera, en los escritores-corresponsales de la guerra civil? ¿El testigo solo veía lo que quería ver? ¿El lector solo creía lo que quería creer? Ahí están las palabras de José Gabriel –trotskista como Liborio Justo– de *España en la cruz*, donde hablaba de los corresponsales de guerra en España como seres “deshonestos y honestamente mentirosos... o frívolos”, mientras que él, en cambio, viajó a España –decía– “sin malicia”, con la simple intención de ser “fuerte y veraz” (1937: 139). Habría que decir, eso sí, que por muy fuerte y veraz que fuera, Gabriel se vio obligado a salir de España en octubre de 1936, no se sabe –o yo, por lo menos, no lo sé– si expulsado por el gobierno republicano, a raíz de sus críticas a la política antirrevolucionaria (es decir, antianarquista y antitrotskista) del Frente Popular, o si retirado por Natalio Botana, que era reacio quizá a amparar en *Crítica* las “verdades” de un cronista incómodo, un trotskista que contradecía la postura política de su diario.



La mentira de los corresponsales angustiaba también a monseñor Gustavo J. Franceschi, director de la revista *Criterio*, que partió para España en abril de 1937 con el encargo de llevar a Salamanca, en nombre del arzobispo de Buenos Aires Santiago Luis Copello, treinta y siete cajas de ornamentos y vasos sagrados reunidas por la Cruzada pro Iglesias Devastadas de España, y a la vez con el deseo de aprender de la “lección” española, en vista del “peligro” izquierdista que acechaba en Argentina. Una de las crónicas españolas de Franceschi, que reuniría más tarde en su libro *En el humo del incendio*, se titulaba “El eclipse de la moral”, y partía con una denuncia de la prevalencia en torno a la guerra española de la mentira, tan “habitual en la propaganda roja, y que ha llegado a puntos increíbles”, pero sobre todo, algo “infinitamente más grav[e]: a la mentira utilizada internacionalmente por políticos de primera fila”. Lo escribía en mayo de 1937, es decir, en el mismo mes en que el trotskista George Orwell, en Barcelona, aprendía también la pesadilla de la red de mentiras fabricada interesadamente por Stalin y los estalinianos en nombre del antifascismo para librarse del POUM. Orwell respondió a esas mentiras alegando su propio testimonio de lo vivido en Barcelona a comienzos de mayo de 1937. El testimonio de Franceschi, lógicamente, era otro. Se refería a Guernica: “La prensa de izquierda inglesa y francesa ha dicho y repetido que la destrucción de Guernica fue provocada por el bombardeo aéreo de los nacionales”; lo que él, Franceschi, había visto con sus propios ojos era la prueba de las mentiras de esa prensa. “*Yo he estado en Guernica* – decía, resaltando esas palabras en cursiva en su crónica publicada en *Criterio*–, “*Yo he estado en Guernica*, dos veces a falta de una”; y al examinar minuciosamente las ruinas de la pequeña ciudad, había podido deducir, sin asomo de duda, que “nos hallamos en presencia de un incendio intencional”. Él mismo sacó fotos, que ofrecía como pruebas definitivas, pero aseguraba, resignado, desolado ante el eclipse de la moral de los demás, que “ni mi testimonio ni el de muchos otros impedirá que la mentira se difunda reproducida por quienes pueden sin embargo tener pruebas de la verdad” (1937: 77).

La palabra de los corresponsales argentinos fue perdiendo credibilidad mientras avanzaba la guerra. *El Mundo*, durante los primeros meses del conflicto, contaba con las crónicas de un enviado especial en Gibraltar, Donald Davison, crónicas cuajadas de detalles testimoniales, pero que eran en realidad –como pronto se descubrió– textos inventados en la redacción de *El Mundo* por el columnista y simpatizante de Franco Alberto Casal Castel. La polémica suscitada por este caso se re canalizó en ataques al corresponsal verdadero de *El Mundo*, el técnico militar José



P. Sadi, que a partir del 20 de octubre de 1936 envió de la zona franquista crónicas casi diarias y bastante anodinas sobre la lucha en los frentes de Ávila y Madrid, y en enero de 1937 sobre la conquista de Málaga. La izquierda atacaba a Sadi como un “sujeto de cavernaria mentalidad” y sus crónicas como “destemplados ladridos de los sicarios escribas de la reacción” (Vargas Rivera, 1937: 5). Pero a comienzos de abril, después de su salida de España, hubo un cambio repentino en Sadi, que escribió por primera vez –en una crónica firmada en París– de la magnitud de la intervención material y humana prestada a Franco por Mussolini y Hitler. A su regreso a Buenos Aires, Sadi publicó una serie de crónicas titulada “Lo que yo vi en España”, una reescritura libre de sus crónicas de corresponsal, en las que contaba que viajó a España con la misión de ser “imparcial” pero debido a la censura brutal en la zona franquista “mis posibilidades de corresponsal estaban cercenadas en un 90 por ciento” (1937: 3). Estas nuevas crónicas, su testimonio verdadero sobre la guerra escrito en la retaguardia bonaerense, se reunieron después en un libro titulado *Detrás de la censura de guerra*.

Los prejuicios ideológicos y la incapacidad de ver o de hablar con honestidad matan al testigo, y la década infame era una década de atrincheramiento ideológico. En ese sentido, los testimonios más eficaces de la guerra civil tienden a ser los más ingenuos, en los que el testigo baja la guardia ideológicamente, delatando su debilidad, su torpeza o su conmoción emocional. Estoy pensando, por ejemplo, en la entrañable y casi infantil reverencia con la que José Gabriel saluda a Buenaventura Durruti: “Le estrecho religiosamente la mano –él me la da humanamente, con un resplandor de sonrisa– y lo dejo en su tarea de caudillo, como se deja un árbol en su tarea de sostenerse en pie” (1938: 47); o en el miedo de Amparo Mom, cuando oye el grito del conductor “¡Avión a la vista!” y sale atropelladamente del coche, se tira al suelo bocabajo, cruzando las manos sobre la nuca para protegerse de la metralla, con un miedo que le puso literalmente los pelos de punta: “sí, camaradas, sentí que cada pelo se me había convertido en una aguja. ¡Para qué decirles que también durante dos horas perdí el habla!” (1938: 14); o bien, cuando el dramaturgo Rodolfo González Pacheco, corresponsal de *La Obra*, como buen teórico del anarquismo lamentaba la comodidad de las barricadas que encontró en Barcelona y la falta de riesgo que suponían, porque la revolución tenía que ser “apasionada y urgente” y depender del “inútil heroísmo, que puede ser un suicidio, pero, sin cuya grandeza, matar, o que nos maten, es siempre un crimen”. Sublevado por este desengaño, se lo dijo a un



anarquista sentado detrás de la barricada de la Rambla de las Flores, y este, como respuesta, le espetó, humillándolo:

–Tú, ¿tienes armas?

Y, ante nuestra negativa, se nos ríe.

–Anda, con este. No tiene encima ni una pistola de matar gatos...

Vuélvete a América, viejo. Mal hora es esta, en España, para turistas.

(1940: 34-35)

### **Testimonios de la lejana retaguardia argentina**

La guerra española, como se suele decir, fue la primera guerra mediática de la historia. Fue leída, vista y oída masivamente, y casi en directo, en todo Occidente, por lectores, espectadores y radioyentes que la sintieron casi como una guerra propia. Desde la lejana retaguardia de cada país de Occidente, y sobre todo de Hispanoamérica, el conflicto español se vivió primero como folletín, luego como espectáculo. Comenzó, en Argentina, siendo una guerra de cables. Así lo diría Pablo Suero:

Han pasado más de dos semanas desde el estallido de la revolución. Buenos Aires vive los sucesos de España como cosa propia. La gente no lee otra cosa en los diarios. La multitud se arremolina frente a las pizarras de las redacciones. Hay un sordo clamor de admiración y de angustia.

(2009: 281)

Algunos diarios ilustraban con imágenes este arremolinamiento del público fervoroso de noticias de España. No solo “sectores ligados a la colectividad española” sino “todos los ciudadanos” se congregaban, por ejemplo, en torno a las pizarras de *La Voz del Interior* de Córdoba (24 de julio de 1936); allí leían, “con una emoción creciente”, las últimas noticias, conscientes tal vez de que la revolución en España podía ser, perfectamente, el anuncio de una inminente revolución argentina, presos de una tensión a veces inaguantable. La alegría súbita o el espanto provocado por una noticia era capaz, incluso, de llevar al desmayo a los espectadores más entusiastas (25 de julio).

Estas aglomeraciones se repetirían en los momentos más tensos de la guerra. González Tuñón, en un ensayo publicado en Madrid, recordaría la tensión con que el



pueblo argentino, atento como nunca a los cables y a las sucesivas ediciones de los grandes periódicos, vivió el 7 de noviembre de 1936, el día en que el ejército de Franco comenzó el asalto a Madrid, en lo que casi todo el mundo entendía como la batalla decisiva de la guerra. En Buenos Aires, los diarios profranquistas y el periódico de la Falange llegaron a anunciar la caída de Madrid:

Fue entonces ese día 7 de noviembre cuando yo vi frente a los diarios y las agencias y los altoparlantes, en el centro y en los arrabales de Buenos Aires, cómo todo un pueblo desesperado se resistía a creer la tremenda noticia. Vi a hombres, a mujeres, a niños y viejos llorar en las esquinas, morderse los labios, caminar sin rumbo... Era el pueblo de Buenos Aires, el pueblo internacional de Buenos Aires, argentinos, españoles, italianos, polacos y de todas partes; era el pueblo auténtico de Buenos Aires que lloraba la caída de la capital antifascista. Fueron apenas cuatro horas. Nada más que cuatro horas. Y pasó un día y otro día. Y resultó que los fascistas habían sido, increíblemente, contenidos a las puertas de Madrid. Yo vi cómo renació el entusiasmo y la alegría. (1937: 2)

Me interesa este texto por su espíritu testimonial al revés. En el frente de guerra de Madrid se publica un testimonio de la lejana retaguardia argentina constatando (yo estuve allí, yo lo vi, lo que digo es la verdad) la intensidad del fervor – la angustia, el llanto, por fin la alegría– suscitado al otro lado del Atlántico por la guerra, o suscitado, más bien, por esa espectacularización de la guerra por parte de los medios que daba lugar a una especie de experiencia vicaria, una vivencia del conflicto en directo pero a larga distancia.

Alberto Casal Castel, en “La razón suicida”, reflexionaba sobre la manera en que los medios –el cable, el periódico– desencadenaban la imaginación, provocando insomnio, y cómo ese insomnio estimulaba a la vez la reflexión y una identificación solidaria con los que sufrían la guerra al otro lado del Atlántico:

Muchas noches al buscar la cama, en esas horas que preceden al sueño, tomo el periódico del día. Infaliblemente, la guerra de España llena la primera página. A través del cable, de su lenguaje adusto y seco, escucho el sonido del cañón, veo a hombres que se retuercen heridos,



barrios enteros destruidos por la metralla, oigo ayes desesperados que imprecaban una útil compasión, y ruegos lejanos [...].

Poco después todo desaparece. Un bostezo redondo, ciudadano, forjado en la diaria fatiga, obtura la visión, y la lámpara se reviste de importancia, porque ella nos va a conceder, como buen final, la obscuridad propicia del descanso. Pero esta noche no, el espectáculo terrible continúa, el insomnio extiende su cruel dominación sobre el espíritu mortificado y nos dice, con su voz confidencial, nunca tan taimada como ahora, que nadie duerme allá donde se forjan esos hechos que acá leemos sin fatiga. (1938: 251-252)

Esta experiencia relatada por Casal Castel, que es el testimonio de una experiencia nueva, la de la espectacularización de un conflicto lejano a través de los medios, surge como punto de partida para dos narraciones sobre la guerra civil. En el cuento “La angustia de España”, de Raúl Larra, el protagonista Juan Cristóbal vive tan pendiente de las noticias sobre la guerra española que deambula por su ciudad “presa de un delirio febril”, hasta que en medio de una noche “la sirena de un diario lo lanzó de la cama a la calle. Compró el boletín informativo: SE LUCHA EN LAS CALLES DE MADRID”. A partir de ese momento “se quedó frío, como si de repente la sangre se le hubiera helado en las venas” y tumbado en la cama, “multitud de escenas cruzaron como ráfagas por su mente”:

Ya están allí, y ahora penetran los moros en las casas y violan a las mujeres y cortan las cabezas de los milicianos y las ensartan en sus bayonetas. Ya están allí, la horda de asesinos... Ya están allí. Y los ojos se le agrandaban y ramalazos de luz salían de sus cuencas. Un sudor frío invadió todo su cuerpo. Los nervios del estómago le tironearon hasta que un bendito sopor hizo brasa en él y se durmió. (1937: 8)

Galvanizado por esta experiencia –la sensación de estar sufriendo en carne propia la guerra–, Juan Cristóbal decidió alistarse en las Brigadas Internacionales hasta que un amigo le convenciera que resultaría mucho más útil, aunque menos heroico, si se quedase allí, en la retaguardia argentina, encargándose de tareas de recaudación de fondos y propaganda.



Más extravagante, sin duda, es la novela *Resurrección*, redactada con grandes prisas por Elías Castelnuovo y publicada a medias en la revista *Claridad* en agosto de 1936 y ya como libro el mes siguiente. Lucas, el protagonista, es un ex oficial del ejército argentino que llevaba tres años paralizado en una silla de ruedas, encerrado en su habitación con la única compañía de su madre, de los diarios que esta le traía y de la radio. Lucas vivió los vaivenes de la guerra con una pasión desmedida, se dejaba apasionar por los discursos radiofónicos de La Pasionaria y asquear por las arengas de Queipo de Llano, y soñaba cada noche que volvía a sanarse y recorría España con la espada desenvainada, hasta que una noche, en medio de una pesadilla producida por la noticia de la caída de Badajoz, gritó en su sueño “¡Muera el fascismo!” y se levantó de la cama, sonámbulo, para reclamar su espada. Era el milagro, la resurrección que daba título a la novela:

Lucas, entonces, da un paso, un paso inseguro, tambaleante. Luego da otro, con mayor firmeza. Así, hasta que llega junto a la madre. La mujer lo aprisiona entre sus brazos como una tenaza.

–¡Hijo mío! –solloza de alegría.– ¡Hijo de mi alma! ¡Volviste a caminar! ¿Cómo es esto? ¿Quién te hizo esta gracia?

–¡España! –contesta Lucas, convencido de lo que dice.– ¡Los mineros de Asturias me han hecho andar otra vez! (1936: 41)

Es que las escuetas noticias que llegaban por cable tenían un poder insospechado. Nicolás Olivari, nueve días después del inicio de la guerra, escribió así en *Noticias Gráficas*:

De entre los telegramas que informan sobre la lucha en España se entresacan líneas rezumantes de heroísmo y de sangre. Hay detalles de estremecido horror y de sangriento heroísmo. [...] Detalles que saltan a la vista, de quien se inclina ansioso sobre las informaciones españolas, como esquivarlas de granada. Una columna leal fue aniquilada sin que resultase un solo sobreviviente. Ni un herido, ni un prisionero. Y no porque no se tomaran, sino porque prefirieron morir antes que rendirse. Esto por un lado. Por el otro, el espectáculo ya fantástico de mujeres que van al frente a disparar sus armas contra los rebeldes y vuelven después a sus casas a preparar el cocido. (1936, 28 de julio: 3)



Con la brevedad punzante de su estilo telegramático, esas esquirlas de granada herían la sensibilidad del lector argentino como las esquirlas de granada en el frente de batalla, desatando a la vez la indignación y la imaginación, y llevando al escritor a recomponer, en un ejercicio de fantasía, granada y guerra. Es llamativo, en este sentido, cómo el propio Olivari, en su crónica titulada “Cayó Irún”, partió de una noticia –“el telegrama de hoy es trágico: Irún ha caído. Todos los izquierdistas han sido fusilados”– para recrear la batalla, mediante la imaginación, con un detallismo y una intensidad que a los corresponsales y testigos que estaban allí mucho les costaría igualar (1936, 4 de septiembre: 2).

En Argentina, en julio de 1936, la voz más autorizada sobre la sublevación militar era la de Roberto Arlt, que poseía el prestigio de haber vuelto semanas antes del Madrid del Frente Popular, y que escribió para el diario *El Mundo*, el 20, 22 y 23 de julio, una serie de tres artículos titulados “Roberto Arlt opina sobre la actual situación española”. Más interesante es su cuarto texto, “Oviedo otra vez en llamas”, publicado el 3 de agosto y en el cual hay una especie de testimonio residual, la rememoración de su recorrido por Oviedo después de la malograda “revolución de Asturias” de octubre de 1934; pero es un testimonio residual que responde al estímulo de los cables, una recreación imaginada de los acontecimientos del presente a partir del cable y a partir también de lo que vio y le contaron en su viaje de 1935: “¿Qué quedará de Oviedo ahora? Los telegramas anuncian ahora que la ciudad está en llamas por los efectos de los ataques con dinamita que han hecho los mineros. La misma dinamita que en octubre voló los muros y una torre de la catedral”. Transcribe nuevos cables: “Se combate en todas las callejuelas”. “Nidos de ametralladoras han hecho los rebeldes”, y responde, haciéndose presente en las calles de Oviedo, viendo lo que está pasando, viéndolo de verdad con esos ojos del alma del escritor veedor:

Nuevamente como ayer, mi amigo el capataz [...] debe estar refugiado en un sótano. Nuevamente como ayer, la población civil de Oviedo, vive refugiada en los sótanos, abriendo agujeros en los muros para comunicarse con los vecinos. Como ayer, algún audaz, asoma la cabeza por una claraboya para mirar las grandes llamaradas que se elevan de los altos edificios de la calle central, mientras las baterías leales del Monte Naranco, atruenan constantemente, y los arrabales acompañan la marcha de los mineros, descalzos o en almadreñas, que llevan el cuerpo arrollado



con pardos cartuchos de dinamita, que encienden en las colillas de sus pitillos... (1936: 4)

Es una estrategia que Arlt volvería a usar en su crónica “La perrita madrileña”, a partir de un aviso leído en el *ABC* de Madrid: “Extraviada perrita foxterrier, pelo duro, blanca, mancha negra espalda. Se gratificará. Velázquez 59, portería”, que le servía para contrastar las pequeñas preocupaciones humanas de un madrileño cualquiera con las grandes noticias sobre la guerra que va enumerando en el texto (1937, 20 de agosto: 6). En otra crónica, “La muerte de Vilain”, partía de una noticia leída en el diario *Paris-Soir*, sobre la muerte del asesino de Jean Jaurés, para elaborar un drama en tres actos: primer acto, Montmartre, julio de 1914, Raoul Vilain asesina a Jean Jaurés; segundo acto, Ibiza, se instala en la isla un francés que llaman “el demonio blanco”; tercer acto, Ibiza, 1937, encuentran muerto a Vilain, en las ruinas de su casa, no se sabe si por la bomba de un avión revolucionario o asesinado por los isleños (1937, 9 de mayo: 4). Arlt tenía plena conciencia de esta manera de trabajar con los cables, con esas esquilas de granada que permitían reconstruir, mediante un despliegue imaginativo, la verdad, su verdad de la guerra. Por eso, titulaba una serie “Al margen del cable”. Fue en ella donde publicó “También los periodistas”, esa crónica sobre los corresponsales muertos en España, que partía de una conversación con el corresponsal Sadi sobre el horror de los bombardeos, Sadi “con la pipa humeando en el cuenco de la mano; yo con un cigarrillo entre los dedos”. Hay una transición sutil, sugerente, surgida de la identificación cómplice con sus compañeros de oficio que lleva a Arlt de esa conversación distendida en Buenos Aires hacia el frente de Aragón, partiendo de la noticia contada escuetamente en el cable para recrear imaginativamente la llanura de Teruel, el frío, la nieve, y acompañar a los cuatro periodistas que iban en coche al frente:

Ahora, frente a la máquina de escribir, el blanco del papel se extiende ante mis ojos, como una alucinación, en una llanura nevada. La llanura de Teruel. Nieve. Frío. Podría estar yo allí. Podría estar Sadi en esta comitiva de automóviles que van cargados de periodistas hacia Teruel. Entrecierro los ojos; dejo de escribir... Podríamos estar allí cualesquiera de nosotros...

El automóvil corre por el camino de nieve. Tras del parabrisas ahumado de neblina, barbudos rostros de hombres con gorras orejeras y un palo de tabaco consumiéndose entre los dientes. (1938: 4)



En la lejana retaguardia, la guerra se leía en los cables de los periódicos y se oía por la radio. Las voces de La Pasionaria y de Queipo de Llano encandilaban al radioyente de Hispanoamérica, donde también se dirimía lo que Ricardo Sáenz Hayes llamaba la “moderna guerra de ondas enemigas” (1936: 8). En 1937, el periodista de *Crítica* Roberto Gómez publicó en Buenos Aires su libro *Charlas de café. Sobre la guerra civil española*. Madrileño de nacimiento, “Roberto” era, seguramente, el dibujante más popular de los grandes diarios y se hizo cronista, un cronista singularmente divertido, en sus “crónicas de retaguardia”, basándose casi siempre – como Arlt– en las noticias que llegaban por cable y por la radio. Allí está, por ejemplo, la crónica que es una transmisión radiofónica procedente de Madrid de la final del campeonato de la “Copa de España”, entre “Republicanos” –vestidos de camisa roja– y “Fascistas” de camisa negra. Después de anunciar las alineaciones, comienza el partido:

Franco pone nuevamente la pelota en juego y pasa a “Un bandido del Tercio”, este a Abd-el-Krim, que avanza y sirve la pelota a Queipo de Llano. Queipo de Llano a Mola. Mola avanza. Mola tira al arco... ¡¡Goal de los republicanos!!...

Fume cigarrillos “El contrabandista”. Sin nicotina, sin tabaco y sin premios.

¡Atención! Puesta nuevamente la pelota en juego por Alfonso, este pasa a Mola, Mola se corre hacia el centro, luego hacia el Norte, luego hacia el Este, luego hacia el Oeste. Mola pasa a Queipo de Llano y Queipo de Llano no se mueve. Se hace nuevamente con la pelota Mola y pregunta al árbitro dónde está Madrid y corre en dirección contraria... ¡¡Goal de los Republicanos!!...

Encargue su ropa en “Hitler y Mussolini”, artículos para hombres, Europa central y el Mediterráneo. Gran surtido en camisas pardas, camisas negras y camisas sucias.

En substitución de Gilito y Goicoechea entra al campo el abuelo Cabanellas, que inicia una largada a Zaragoza cantando [una] jota. [...] Cabanellas canta. Queipo de Llano, bebe. Mola juega a las cuatro esquinas. Franco da un manifiesto. ¡¡Goal de los Republicanos!!... (1937: 27-28)



Una imagen vale más que mil palabras, dice el tópico, y la guerra española fue una guerra fotogénica como pocas. En parte, por su novedad. O por sus dos novedades: porque la guerra civil fue, a la vez, la primera guerra mediática de la historia, y la primera guerra en que se practicaba el bombardeo sistemático de las ciudades abiertas. Las fotografías de la primera guerra mundial se sitúan en el frente, en las trincheras; las de la guerra civil van y vienen entre los soldados en el frente y las mujeres, niños y ancianos que vivían en la retaguardia bajo la amenaza cotidiana de las bombas. No es casual que Susan Sontag haya iniciado su libro *Ante el dolor de los demás...*, con la imagen de Virginia Woolf examinando con espanto una serie de fotos de la guerra española. “Ser espectador de calamidades que tienen lugar en otro país”, dice Sontag, “es una experiencia intrínseca de la modernidad” (2003: 27). Esa experiencia comenzó, a gran escala, con la guerra de España. Por primera vez se estaban viendo, en las portadas de los periódicos, en las páginas centrales de las revistas, en los noticieros proyectados en los cines, esas imágenes de víctimas civiles que se han convertido, desde entonces, en el pan de cada día de las guerras.

En noviembre de 1936, bajo el titular “Niños asesinados por la metralla fascista”, *Crítica* presentó a sus lectores un “espantoso documento gráfico”: diez imágenes de niños muertos en los bombardeos, cada uno identificado con un número, y una última imagen de una morgue llena de cadáveres de mujeres (20 de noviembre de 1936). Son imágenes que evidentemente escandalizaron a los lectores, porque el diario se sintió obligado, al día siguiente, a explicar “Por qué hemos publicado el terrible documento gráfico de la barbarie fascista”. Había que evitar el sensacionalismo, pero era un “deber superior” ofrecer esa “triste, desgarrante primicia” del día anterior. Había que “lanzar un grito de repudio” contra la “barbarie fascista”, y contra esas nuevas formas de guerra, practicadas por Franco y sus aliados, que “rebajan y humillan” a la humanidad (21 de noviembre).

En Valencia, en 1937, el corresponsal y testigo Córdoba Iturburu escribió: “Nunca había visto lo que veo. Nunca había sentido lo que siento”. Los argentinos que veían esas imágenes de niños muertos, en la prensa y en cines de su propio país, podrían haber dicho lo mismo. Los que escribían sobre las imágenes no eran cronistas de oídas, si volvemos a la designación de la época de la Conquista; eran cronistas de vista. Estaban viendo a esos niños masacrados. La guerra lejana estaba aquí, visible en todo su espanto, en el Río de la Plata.



En el diario hermano de *Crítica* en Montevideo, la publicación de esas imágenes de niños provocó una respuesta casi inmediata en el poeta Alejandro Laureiro, “Llanto por los niños mutilados”: “Fotos de los niños heridos durante los bombardeos de Madrid –apunta Laureiro en el epígrafe–. Fotos que observo con un camarada mientras el llanto contenido nos torna ceniza la cara, las manos. Madres, amigos, miraos las entrañas!”. Es la experiencia de un escritor-espectador, análoga a la un escritor-corresponsal como González Tuñón: la constatación del horror, la necesidad del llanto, la necesidad de la denuncia, la llamada a una toma de conciencia:

Nosotros,  
los espectadores, los felices,  
lloremos hoy con la boca arqueada de espanto  
ante estos ojos que se volaron de un rostro,  
ante este hueco oscuro entre el mentón y la frente,  
ante este torso frágil, sin brazos, con un cartelito encima,  
ante este rostro cribado por una viruela de plomo que alguien, desde las  
nubes,  
despedía;  
lloremos por los inocentes de España

El poema apela a los niños, madres, hermanas y padres del Uruguay para que miren a “este inocente con la frente deshecha, / esta niña con los pechos acribillados”, y desemboca en una maldición: “Que en su crimen ardan los asesinos” (1936: 6).

Estas imágenes de niños muertos eran capaces de hacerse presentes en todos los rincones del país. Llegaban hasta el paisaje entrerriano de *El ángel inclinado*, 1937, el primero de los grandes libros de Juan L. Ortiz: “Las distancias, tú sabes, / para el corazón no existen. / Aquí, en esta noche, / en la paz húmeda / y apenas rítmica / de esta noche, / en el olvido apenas cantado / de esta noche / que parece recién nacida / en el creciente de Abril, / se oyen llantos de niños, / se oyen llantos de mujeres / porque los niños han quedado bajo los escombros / o sólo son un brazo o una piernecita / ensangrentados” (1938: 50-51).



## Un estremecimiento nuevo

Los poemas de Laureiro y Ortiz, como las crónicas de Arlt y Olivari y las narraciones de Larra y Castelnuovo, son testimonios desde la lejana retaguardia rioplatense de una experiencia inaudita en un mundo que se estaba acoplando al dominio de los medios de comunicación masiva, una experiencia que llegaba a su mayor intensidad en las imágenes filmadas de los noticiarios proyectados en los cines. Olivari hablaría del “estremecimiento nuevo”, ese *frisson nouveau* de Baudelaire revivido en “la estremecida penumbra de los cinematógrafos” con los “terribles noticiarios de la guerra en Oriente y en España”. Antes, “en las plateas, cómodamente sentados, después de una buena cena, era atractivo estremecerse, sudar de angustia teatral, horrorizarse un poco en esa urgencia ancestral del horror que la humanidad necesita en pequeñas o grandes dosis” pero ya no:

Hoy, en todas partes, se nos eriza el vello del terror. Nuestra piel es la de gallina, sacudida por todos los horrores. Los horrores verídicos. Escenas escapadas del gran guignol verídico de la vida. Bombardeos en Shanghai y en Peiking. En Barcelona y en Madrid. La sinfonía macabra es completa. Muerte y destrucción. Incendios, niños heridos, derrumbamientos, éxodos interminables de civiles lacerados, en cuyos rostros está el horror a quien nadie se atreve a dar su nombre, antiteatral por excelencia, exacto, medido, justo, matemático.

Somos todos, a partir de la experiencia mediática de la guerra civil, testigos habituales de esas sinfonías macabras. Y nos preguntamos todavía, como se preguntaba Olivari: “¿Qué nuevo horror registrará mañana el infatigable obrero de los noticiarios, que gira su manivela ante todos los espectáculos de la destrucción y de la muerte?” (1939: 4).

## Bibliografía

- ARLT, Roberto (1936, 3 de agosto). “Oviedo otra vez en llamas”. *El Mundo* (Buenos Aires): 4.
- ARLT, Roberto (1937, 9 de mayo). “La muerte de Vilain”. *El Mundo* (Buenos Aires): 4.
- ARLT, Roberto (1937, 20 de agosto). “Tiempos presentes. La perrita madrileña”. *El Mundo* (Buenos Aires): 6.



- ARLT, Roberto (1938, 4 de enero). "Al margen del cable. También los periodistas". *El Mundo* (Buenos Aires): 4.
- AZNAR SOLER, Manuel (2009). *Materiales documentales del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París)*. A Coruña, Ediciós do Castro.
- BINNS, Niall (intro., estudio y ed.) (2012). *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid, Calambur.
- CANO REYES, Jesús (2014, otoño). "Las mil y una noches de la guerra civil española. Florilegio de crónicas". *Guaragua. Revista de Cultura Latinoamericana* (Barcelona) 18: 46: 89-203.
- CASAL CASTEL, Alberto (1938). *Tiempos Modernos*. Buenos Aires, Tomás Álvarez e Hijos Editores.
- CASTELNUOVO, Elías (1936). *Resurrección. Impresiones de una conciencia libre sobre la epopeya heroica del pueblo español*. Buenos Aires, Editorial Claridad.
- CÓRDOVA ITURBURU, Cayetano (1937, 8 de abril). "España no es Abisinia". *Crítica* (Buenos Aires): 13.
- FRANCESCHI, Gustavo J. (1937, 27 de mayo). "El eclipse de la moral". *Criterio* (Buenos Aires) x: 482: 77-79.
- GABRIEL, José (1937). *España en la cruz (viaje de un cronista a la guerra)*. Santiago de Chile.
- GABRIEL, José (1938). *La vida y la muerte en Aragón*. Buenos Aires, Imán.
- GABRIEL, José (1939, noviembre). "El triunfo español". *Timón* (Buenos Aires) I: 1: 95-101.
- GÓMEZ, Roberto (1937). *Charlas de café sobre la guerra civil española*. Buenos Aires, Acento, 2ª ed.
- GONZÁLEZ PACHECO, Rodolfo (1940). *Carteles de España 1938*. Buenos Aires, s.n.
- GONZÁLEZ TUÑÓN, Raúl (1936). *8 documentos de hoy*. Buenos Aires, Fegrabo.
- GONZÁLEZ TUÑÓN, Raúl (1937, 16 de mayo). "La Argentina vive y piensa en España". *Ayuda. Seminario de la Solidaridad* (Madrid): 2.
- GONZÁLEZ TUÑÓN, Raúl (1938, 22 de abril). "Tiempo del desprecio. 1. Los escritores de la Quinta Columna". *Orientación* (Buenos Aires) 43: 3.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1934, 6 de enero). "Raza y cultura". *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica) xxviii: 1, pp. 3-5.



- JUSTO, Liborio (1938, abril). "Las puertas del fuego, de Raúl González Tuñón". *Columna* (Buenos Aires) 12: 71-72.
- LARRA, Raúl (1937, 21 de marzo). "La angustia de España". *La Nueva España* (Buenos Aires): 8.
- LAUREIRO, Alejandro (1936, 27 de noviembre) "Llanto por los niños mutilados". *Uruguay. Un rumbo cierto bajo la cruz del sur* (Montevideo): 6.
- MOM, Amparo (1938, diciembre). "Entrando en Madrid". *AIAPE. Por la Defensa de la Cultura* (Montevideo) II: 22: 12-14.
- OLIVARI, Nicolás (1936, 28 de julio). "Y no se rindió ninguno". *Noticias Gráficas* (Buenos Aires): 3.
- OLIVARI, Nicolás (1936, 4 de septiembre). "Cayó Irún". *Noticias Gráficas* (Buenos Aires): 2.
- OLIVARI, Nicolás (1939, 4 de febrero). "Un estremecimiento nuevo". *El Mundo* (Buenos Aires): 4.
- ORFILA REYNAL, Arnaldo (1938, 14 de marzo). "Carta desde Barcelona. El pueblo español ganará la guerra". *La Vanguardia* (Buenos Aires): 1-2.
- ORTIZ, Juan L. (1938). *El ángel inclinado, 1937*. Buenos Aires, Ediciones Feria.
- PRESTON, Paul (2007). *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*. Madrid, Debate.
- SADI, José P. (1937, 11 de mayo). "Lo que yo vi en España. De Portugal a Salamanca. Un famoso tratado consular. El cuartel general del G. Franco". *El Mundo* (Buenos Aires): 3.
- SÁENZ HAYES, Ricardo (1936, 10 de agosto). "Importancia de la radio como elemento estratégico en la revolución española". *La Prensa* (Buenos Aires): 8.
- SAÍTTA, Sylvia (2009). "Nuevo periodismo y literatura argentina". Celina Manzoni (ed.), *Historia crítica de la literatura argentina. VII. Rupturas*. Buenos Aires, Emecé: 239-264.
- SONTAG, Susan (2003). *Ante el dolor de los demás...* Madrid, Alfaguara.
- SUERO, Pablo (2009) [1937]. *España levanta el puño. Palabras al borde del abismo*. Barcelona, Papel de Liar.
- VARGAS RIVERA, Juan (1937, 4 de marzo). "El enviado de 'El Mundo'". *La Nueva España* (Buenos Aires): 5.



### Datos del autor

Niall Binns es profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus numerosas publicaciones, destaca una serie de libros sobre la literatura de la guerra civil, entre ellos *La llamada de España. Escritores extranjeros en la guerra civil* (Barcelona, 2004) y la antología *Voluntarios con gafas. Escritores extranjeros en la guerra civil española* (Madrid, 2009). En 2012 publicó *Ecuador y la guerra civil. La voz de los intelectuales* y *Argentina y la guerra civil. La voz de los intelectuales*, los primeros tomos de la colección “Hispanoamérica y la Guerra Civil Española”, de la cual han aparecido también los volúmenes correspondientes al Perú y a Chile. Dirige el proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica” (<http://impactoguerracivil.blogspot.com>).